

# Lejos como mi querer

Marina Colasanti

Ilustraciones de Marina Colasanti

Traducción de Elkin Obregón

 **Norma**

[www.edicionesnorma.com](http://www.edicionesnorma.com)

Bogotá, Buenos Aires, Ciudad de México,  
Guatemala, La Paz, Lima, San José, San Juan, Santiago de Chile

Copyright © 1996 Marina Colasanti  
representada por AMS Agenciamiento  
Artístico, Cultural e Literario Ltda.

Copyright © 2009 para todo el mundo  
por Educactiva S. A. S.  
Avenida El Dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia.

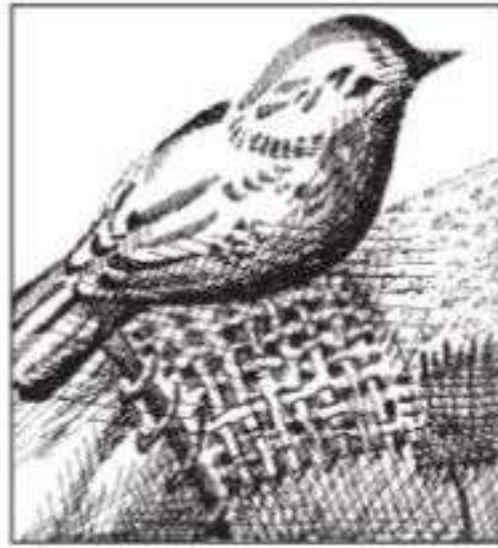
Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra, por cualquier medio,  
sin permiso escrito de la Editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación  
“N”/Norma/Carvajal ® bajo licencia de Grupo Carvajal  
(Colombia).

Impreso por SPC Impresores  
Impreso en Bolivia – Printed in Bolivia  
Septiembre, 2019

Edición, Cristina Aparicio  
Armada, Andrea Rincón Granados  
Diseño de cubierta, María Clara Salazar Posada

61074642  
ISBN: 978-958-04-3651-5



---

## Contenido

La princesa mar a mar.....	9
Un palacio, noche adentro.....	17
Pie ante pie.....	21
Bella, de las blancas manos.....	27
El joven que no tenía nombre.....	33
Como los campos.....	39
De ardiente corazón.....	43
En el dorso de la honda duna.....	49
Por una mirada.....	53
Debajo de la piel, la luna.....	59
Eran tres, y un precipicio.....	63

Sin las alas, no obstante .....	73
Un cantar de mar y viento .....	77
Del tamaño de un hermano .....	89
En la planicie, los castillos .....	95
Pero él sabía soñar .....	103
Lejos como mi querer.....	109
Ni de jazmín, ni de rosa.....	115
En aquella ciudad.....	121
Luz de linterna, soplo de viento.....	127
Río abajo, río arriba.....	131
Las ventanas sobre el mundo .....	135
Gran delicadeza, perfumadas flores .....	141
Con su voz de mujer.....	147



---

## La princesa mar a mar

**T**res hijas tenía el rey. Y a las tres quería casar.

Hacía años esperaba paciente que crecieran, día tras día midiendo su estatura y sopesando sus trenzas. Hacía años pensaba en los yernos que le darían, a él que sin hijos hombres precisaba de guerreros.

Finalmente, un día advirtió que la primera hija estaba al fin en edad de casarse. Y la paciencia dejó de ser necesaria. Hizo llamar de inmediato al más antiguo y fiel de sus embajadores y, ante la corte reunida, le dio la orden que pensaba repetir, luego, otras dos veces: que hiciera pintar el retrato de la princesa y lo llevara a las cortes vecinas en busca de aquel que la haría reina.



Muy pronto, el Gran Pintor del Reino compareció con sus largos pinceles, sus frascos de colores y su corta barba. La princesa, vestida con ricas ropas, se sentó a posar. No obstante, pasados algunos días y listo ya el retrato, la corte disgustada sacudió la cabeza. El cuadro era bello, pero la princesa, ¡ah! la princesa era mucho más bella que el cuadro.

Decapitado sin mayor trámite aquel que había osado afeár a la hija del rey, un nuevo Gran Pintor heredó su sitio, sus paletas y su misión. De nuevo la princesa posó, vestida ricamente. Pero la corte sacudió otra vez la cabeza al ver el resultado. Y ahora, de ceño adusto. La belleza de la joven lucía aún menos favorecida.

Bastó al tercer Gran Pintor mirar a la princesa para concluir que su retrato no estaría a la altura de la misión confiada. Por sus propios pasos, fue a entregarse al verdugo.

Y he aquí que no había más pintores en el reino, ni grandes ni pequeños. O, si los había, trataban de esconderse.

—Que esto no me impida cumplir la orden—dijo el embajador al rey, que ya empezaba a inquietarse—. Llevaré el retrato de otra manera.

Eligió del tesoro real la más linda perla, la guardó en un pequeño cofre, y partió en su carruaje rumbo a las distantes fronteras del Norte.

Largo fue el viaje. Cuando por fin llegó al castillo de aquel monarca, el invierno llegaba con él.

—¿Qué más me traes, Señor, además de nieve? —le preguntó el castellano desde lo alto de su trono.

El embajador le habló entonces de la hija del rey. Que estaba en edad de casarse. Y cuando el monarca quiso ver su retrato, abrió el pequeño cofre y, sobre el fondo de terciopelo, exhibió la perla.

—Así es ella —dijo en voz alta para que todos lo oyeran. Y alzando la perla, agregó:

—Bella, rara, pálida. Y preciosa.

Al día siguiente, partió de regreso el embajador, para llevar al rey la buena nueva. La mayor de sus hijas sería reina de las Tierras del Norte.

Poco tiempo después, ya ordenaba el rey al embajador que hiciera pintar el retrato de la segunda hija y lo llevara a la corte del Sur.

—Pintarlo no es posible, sin pintor —respondió el fiel anciano. Y agregó en seguida:

—Otro es el retrato que llevaré.

Rehusando la llave del tesoro que el rey le tendía, bajó a los jardines, se acercó al más lindo rosal, y cortó con su cuchillo el botón más perfecto, que protegió bajo su manto. Luego subió al carruaje y partió.

Largo fue el viaje. Cuando por fin llegó al castillo de aquel monarca, el verano llegaba con él.

—¿Qué otra cosa me traes, Señor, además del sol? —le preguntó el castellano desde lo alto de su trono.

Y el embajador contó entonces que el rey lo había enviado porque la segunda de sus

hijas estaba en edad de casarse. Y cuando el castellano quiso ver su retrato, sacó de su manto el botón ya abierto, y exhibió ante la corte la más linda de las rosas.

—Así es ella —dijo en voz muy alta para ser escuchado por todos—. Delicada, suave, rósea. La más noble entre todas.

Hizo una pausa, buscó sonriente la mirada del monarca, y agregó:

—Y tiene también espinas.

El pretendiente vaciló. Pero era débil la amenaza ante tan linda flor.

Al día siguiente, partía el embajador a llevar la buena nueva a su rey. La segunda hija sería reina de las Tierras del Sur.

No acababa de llegar cuando ya el rey le ordenaba que llevase a la corte del Oeste el retrato de la hija menor. “¿Y qué retrato será este?”, se preguntaba curioso.

Ni tesoro. Ni jardín. El embajador observó por un buen rato a la joven princesa, que conocía desde niña. Después, tomó un gran frasco de vidrio y fue a llenarlo en el mar.

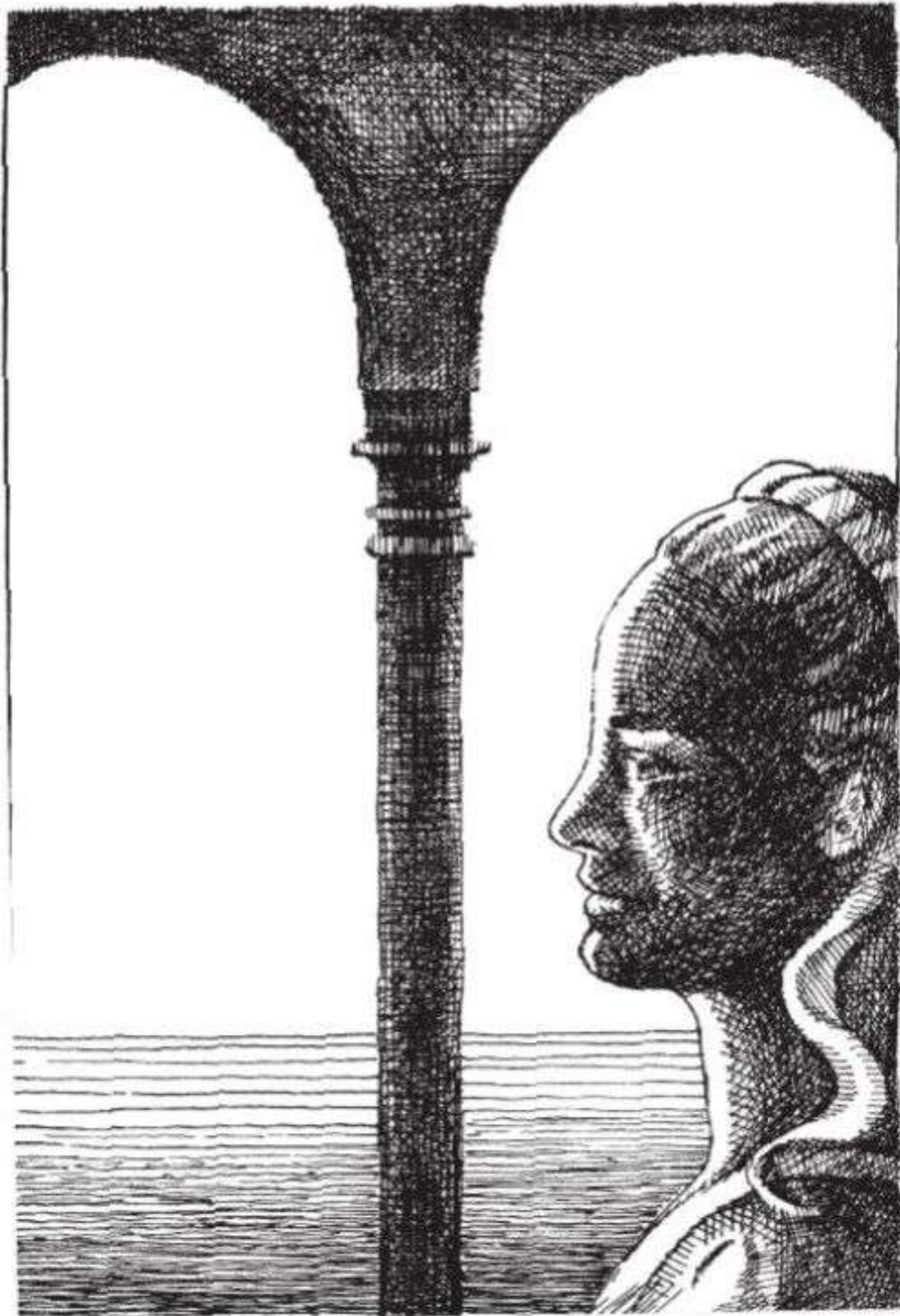
Guardó el frasco en un bolso de blando cuero. Subió al carruaje y partió por tercera vez.

Solitario fue el viaje. Y lento, rumbo a las fronteras montañosas. Cuando al fin llegó al castillo en lo alto de la más alta montaña de aquel reino, la tempestad llegaba con él.

—Señor —preguntó el castellano desde su trono—, ¿además de la borrasca, qué más me traes?

—Te traigo la noticia de que la tercera hija de mi rey está en edad de casarse —respondió





el embajador, y contó luego que la conocía desde pequeña, que la había visto crecer.

Y cuando el monarca preguntó cómo era, se acercó, abrió la bolsa, sacó el frasco, y lo irguió muy alto, para que todos lo vieran.

—Ella es como el mar —dijo lentamente—. Profunda y misteriosa. Llena de riquezas escondidas. Sus movimientos obedecen a la luna.

El monarca, que nunca había visto el mar, contemplaba el frasco y no veía nada que correspondiera a las palabras del embajador. Frente a la corte había apenas un frasco lleno de agua transparente, sin secretos de peces o estrellas, sin conchas, sin olas. Agua, apenas, entre un vidrio. Ni siquiera azul. ¿Para qué habría de querer una esposa así?

Al día siguiente, al partir, el embajador llevaba consigo al monarca. Descendieron por caminos pedregosos, hasta el mar. Y llegando al mar, se apearon los dos, caminaron por la arena. La espuma lamía sus botas sin que el monarca se decidiera a regresar. Allí estaba el retrato, del cual no lograba apartar sus ojos. Pero al fin, subyugado, murmuró:

—Ella es demasiado grande para mí.

Por primera vez, el embajador regresó trayendo una mala noticia a su rey. La tercera hija no sería reina de las Montañas del Oeste.

El tiempo no se detiene porque una hija de rey no tenga marido. Así pues, sus hermanas se casaron, bordaron pequeños escarpines,



sus hijos nacieron. Y ya comenzaban a gatear, cuando llegó al castillo la noticia de que en el horizonte del Este, donde no había frontera porque el Reino terminaba en el mar, una vela había surgido.

Veloces caballeros llevaron al castillo la información de que un gran barco, trayendo al monarca de los Hombres Navegadores, acababa de atracar. Y que este se aproximaba con sus tropas.

Se preparó la defensa. Cuando los extranjeros llegaron, centenas de ojos escondidos los espionaron tras las atalayas. Pero los guerreros traían envainadas las espadas, presos los escudos en los arreos.

—¿Qué te trae, Señor, además de los buenos vientos? —preguntó el rey desde lo alto de su trono, cuando el monarca navegador estuvo finalmente frente a él.

Entonces, el visitante contó cómo había sabido que la más joven de las princesas estaba en edad de casarse. Cómo, sin haberla visto, la conocía desde siempre. Cómo, conociéndola, quería casarse con ella.

Y porque el rey parecía no entender, se acercó, abrió su camisa. Después, se dio vuelta para que todos vieran. Y todos vieron. Tatuados en su pecho, peces y conchas se entrelazaban en las olas, estrellas de mar se deslizaban por la espuma.

—Aquí está su retrato —dijo en voz alta para que todos lo oyeran—, grabado sobre mi corazón.

La tercera hija del rey también oyó. Contempló aquellos ojos, azules de tanto inclinarse sobre el agua. Y supo, con cuánta alegría supo, que su esposo había llegado.